

## Dámaso Alonso, filólogo

---

Desde la serenidad reposada durante tres años de ausencia, ya puede uno volver a enfrentarse a la figura de Dámaso Alonso con sosiego y cierta frialdad objetiva. Al hacer ahora arqueo de tantos recuerdos largos y antiguos, y repasar escenas de la vida del maestro, descubrimos huellas indelebles de sus enseñanzas. Nos sorprendemos, cada dos por tres, echando mano de su ejemplo o reproduciendo sus palabras: “Como decía Dámaso ...” (Dámaso: autoridad irrefutable y benévola). Los que fuimos discípulos suyos nos imaginamos también, en los casos de duda, su gesto de bondad, su sonrisa terciada, sus ojos picaruelos, y hasta oímos su consejo certero y cauto. Llevamos mucho Dámaso dentro de nosotros.

En el reparto de materias para este acto de homenaje en que se presenta el décimo volumen de las *Obras completas* de Dámaso, me ha correspondido esbozar en pocos minutos su labor como filólogo. Tarea ardua sin hablar a la vez del hombre; porque si en general es difícil separar aspectos parciales de cualquier individuo, en el caso señero de Dámaso Alonso casi resulta imposible escindir su personalidad al hilo de sus vetas diferentes, como aquí tenemos que hacer: el poeta, el crítico, el filólogo. Sería más correcto, siguiendo el arte combinatoria del unamunesco don Fulgencio Entrambosmares, tratar de la poesía del filólogo, de la filología del poeta, de la crítica del filólogo, de la filología del crítico, etc., etc. Porque una poderosa unidad ciñe todas esas variedades de

Dámaso Alonso; en todas se manifiesta íntegro y singular el hombre.

Sin embargo, su condición de filólogo es esencial. Se puede decir que su vida entera fue filología. Filología vale amor por la palabra. ¿Qué hizo Dámaso Alonso, sino vivir de la palabra y por la palabra? Nos ha dejado escrito: "Una de las cosas admirables del idioma es que, haciéndonos hombres, la palabra nos hace ya hombres de un modo especial: nos liga en una determinada cercanía, en una trama de emociones, tradiciones y pensamientos, es decir, en una actitud vital". Además, sentencia: "Y somos hombres por la palabra". "Hablando, yo creo el mundo en mi mente".

¿No es también filología toda su obra crítica? Muchas veces repitió que "la grandeza de la poesía (toda auténtica literatura es poesía) es precisamente la índole de sus materiales", la lengua, y señaló que "el escritor trabaja con su palabra, con su pensamiento-palabra, con la propia forma de su espíritu y aun con la sustancia más profunda de ese espíritu". No cabe duda: la poesía es también filología. No obstante, una acepción restrictiva de filología la identifica con ciencia de la lengua, y por tanto al filólogo con el lingüista. Hablaré, pues, solo de la actividad de Dámaso Alonso como filólogo en ese sentido limitado.

El primer encuentro con Dámaso es antiquísimo: en la Cuesta del Zarzal; un encuentro humano en que ya se mezcló la filología. Después lo conocí como hombre, y, sobre todo, como pedagogo. Esta su tarea la contempla Dámaso con humor, distanciándose, en los conocidos versos:

Sí, alejadme ese tristísimo pedagogo, más o menos ilustre,  
ese ridículo y enlevitado señor,  
subido sobre una tarima en la mañana de primavera,  
con los dedos manchados de la más bella tiza ...

Pero la cumplía con absoluta seriedad, con denuedo entusiasta, con dotes de gran actor que hipnotiza y atrae al más contumaz alumno, con extraordinaria capacidad de exposición que hacía transparentes las cuestiones más abstrusas. Era de ver el orden, el ritmo pausado, el tono cálido y contagioso, con que pasaban los secos datos compactos de la ficha escueta en su mano hasta la precisión del trazo gráfico del clarión en el encerado y la nitidez

del desarrollo de los hechos con viveza lúcida. Nunca he visto tales virtudes de transmisión didáctica. Al volver de Suiza, donde tuve ocasión de asistir a algún seminario de Walter von Wartburg, me preguntó Dámaso, que lo admiraba mucho, aunque disentía con razón en aquellas teorías tan perfectas de la desmembración de la Rumania, acerca de la excelencia pedagógica del creador del *FWE*. Creía él modestamente que yo me habría quedado deslumbrado. Hube de convencerle de que el ordinario de Basilea no le llegaba ni a la suela del zapato. Conocimientos sí tenía, y muchos, don Gualterio, pero sus clases resultaban penosas, lentas, confusas y aburridas. Insisto en este aspecto docente de Dámaso como contraste con las tendencias de hoy. La moda oficial infausta consiste en valorar solo la capacidad de escritura investigadora del profesor (sobre todo en cuanto a peso), y se olvida la necesidad primordial de desempeñar la enseñanza con eficacia y claridad y sin absentismo. ¡Cuánta inutilidad se publica por ese afán coleccionista de “papers”! ¡Cuántas horas se pierden en la pesadumbre de clases expuestas sin competencia ni gracia! Ahí estaba el secreto de Dámaso, porque hasta aquellos alumnos interesados exclusivamente en la literatura (y a los que se refiere donosamente en su poema: “adolescentes poetas posados ante él, como estorninos en los alambres del telégrafo”) quedaban pendientes de las aventuras del fonema /k/ en las Galias, de la metafonía inducida por vocales finales o por yod, de la distribución de las palatalizaciones de las laterales por la Península, del destino proclítico o enclítico del artículo, aunque, eso sí, a la vuelta de la esquina lo olvidasen. Qué maravilla de cuadernos de apuntes de filología romántica me fui refundiendo en la biblioteca del Ateneo sobre las notas de clase de Dámaso. Con ellos en la mano, las explicaciones de Wartburg me parecían solo un acumular plúmbeo de datos concretos y minuciosos de los atlas, desgranados sin omisión ni remisión.

En todos los trabajos de Dámaso Alonso (aun siendo de intención crítico-literaria) resplandece siempre la técnica filológica más depurada. Yo centraré mi atención en los que tienen contenido lingüístico. Hay primero un bloque importante dedicado a cuestiones del occidente peninsular (léxico, palabras y cosas, fonética, morfología, sintaxis). Casi todos aluden al territorio de

sustrato del propio Dámaso: me refiero a la zona que baña el río Eo y sus contiguas a poniente y a levante. Conforme a su creencia de que la palabra hace al hombre, Dámaso no pudo dejar de atender a esa palabra que, junto a la castellana, también arrulló su niñez. Otro bloque abarca asuntos dialectales o generales atinentes a otras regiones peninsulares. Pero el bloque más importante y trascendente trata de la fragmentación fonética peninsular. Se conoce que desde muy pronto la lectura (y la reseña) que hizo de *Die Ausgliederung der romanischen Sprachräume* le sugirió la elaboración de algo semejante sobre la Península. Otras ocupaciones más perentorias le impidieron realizar ese proyecto. Pero la obligación de poner un prólogo o introducción a la infinida *Enciclopedia Lingüística Hispánica*, le llevó a ordenar sus materiales, si no en un todo orgánico, al menos en una serie de capítulos que abarcan los problemas esenciales de la evolución fonética del latín en Hispania. Se ve, enseguida, que, en la mayoría de los casos, el interés de Dámaso surgía ante la atribución ligera de causas para los fenómenos estudiados. Con exhaustiva y pertinente minucias, Dámaso analiza teorías (sustratísticas, funcionalistas, etc.) y las confronta con los hechos concretos. No acepta las construcciones teóricas de elegante y convincente apariencia sin la prueba obligada de su cotejo con la realidad. De este modo, se adquiere una visión más precisa de los problemas, sin que forzosamente se alcance una solución. Cree Dámaso que no hay que dejarse cegar por hipótesis bien elaboradas, pero que se remontan, abstracción tras abstracción, al empíreo del espacio exterior y pierden contacto con la dura realidad terráquea. Caben perfectamente las conjeturas, siempre que los pies se apoyen sobre el suelo. Fiel, pues, a la realidad, incapaz de distorsionarla por amor de una hipótesis, Dámaso escruta lo que hay con paciencia y sin piedad, y no fuerza explicaciones cuando no son posibles. Dice muy razonablemente, a propósito de la deslateralización de ciertas palatales: "Hay aquí, como siempre en los lingüistas, una tendencia a sentenciar. La verdad es que no sabemos". No sabemos. Confesión profunda y humilde. Hay que tener el valor práctico de reconocer la ignorancia cuando, planteado un problema, nuestro conocimiento es incapaz de encontrar solución. Por otra parte, si se llega al convencimiento de que existe un motivo plausible para algún fe-

nómeno, debemos, cautelosos, considerarlo provisional. Escribe explícitamente Dámaso Alonso: “queda claro que somos enemigos de las explicaciones a base de una sola linterna iluminadora. La naturaleza es múltiple, varia, y en ella todo se enlaza y entrelaza; todo es posible, y probablemente en algunos sitios han sido muchas las fuerzas distintas que han colaborado”. Esta prudencia y este equilibrio no abandonan nunca la exposición del maestro.

Si al principio decíamos que la filología penetraba en toda la obra damasiana de crítica y de creación, también ocurre que la actitud creadora, la disposición a escribir tentando, pesando, acariciando la palabra y buscando su máxima expresividad, sigue presente en los trabajos de asunto lingüístico. Lejos de la prosa mazorral, amazotada, reiterativa y elíptica de la mayoría de los lingüistas, Dámaso cuida también en estos trabajos el ritmo, el ductus, la elegancia y la claridad del producto. Es una prosa límpida, nidia, narrativa y vivaz que pone ante nosotros de pie esas criaturas desvalidas y tristes que son los fenómenos lingüísticos. Una muestra acendrada de lo dicho, y en la que Dámaso, con exquisito sentido de los destinatarios, despliega aún más sus recursos literarios, sin merma de la precisión en lo descrito, es el artículo *En la Andalucía de la E*, que, muy consciente, subtítulo *Dialectología pintoresca*.

¿Qué hemos aprendido del Dámaso filólogo? Yo, desde luego, casi todo; y digo *casi* porque el modelo es irreproducible y por ello inimitable. Su seguridad en el dato, su habilidad en el manejo de relaciones, su agudeza en adivinar el secreto o en demostrar que este es impenetrable, su maravilloso poder de comunicación, su gracia e inmediatez humana, pocas veces se reúnen de modo tan excelso. Pero sí podemos al menos seguir de lejos su ejemplo: no dejar volar la imaginación, atenerse al hecho, avanzar con cautela. Lo contrario, diría el maestro, “es sencillamente como querer resolver una sola ecuación que tuviera una docena de incógnitas”. Exactitud matemática y raptó literario se unen inextricables en la labor filológica de Dámaso Alonso.

EMILIO ALARCOS LLORACH.